Contra las creencias absurdas

El moderno «hombre de masas», ese compañero desarraigado de la moderna técnica en el período del gran capitalismo, guiado casi solamente por impulsos externos y agitado por todas las influencias del instante como polvo al viento, pues ha perdido el equilibrio interno, es para movimientos como el fascismo un adecuado objeto de ensayo. El insospechado desarrollo del industrialismo capitalista ha estimulado la posibilidad de sugestiones nacionalistas colectivas hasta un grado que antes no habría podido siquiera imaginarse. En las actuales grandes ciudades y en los centros de la vida industrial viven millones de hombres adiestrados espiritualmente en determinado sentido por la Prensa, el cine, la radio, la educación, el partido y cien medios más y aniquilados en su vida personal. En las fábricas de la gran industria capitalista el trabajo se ha vuelto mecánico, sin alma, y ha perdido para el hombre el carácter de la alegría creadora. Al convertirse en objeto de sí mismo, ha reducido a los hombres a la categoría de eternos esclavos de galera y les ha robado lo más valioso: la alegría interior ante su obra, el impulso creador de la personalidad. El individuo se siente solo como una parte de la máquina a que sirve, como un elemento insignificante de un gigantesco mecanismo, en cuyo chirrido muere toda nota personal.

En ese estado de cosas, movimientos como el fascismo, establecidos sólo a base de adiestramiento mecánico y de obediencia automática, tienen un poderoso aliciente. Y sin embargo existen todavía millares de fuerzas ocultas y de instintos creadores en el seno de los pueblos que hay que alentar y cultivar cuidadosamente para poner un ¡alto! al mal que ha invadido al mundo y amenaza empujarle al abismo.

Un nuevo ascenso es preciso, pero sólo es posible en el camino de la libertad, que destierra fundamentalmente todo pensamiento de poder de sus aspiraciones y halla su expresión en la colaboración solidaria de los hombres. Esto lo saben muy bien los portadores de la actual reacción fascista y nacionalista; por eso odian la libertad como la «peste contra el espíritu sagrado de la nación», que en verdad no es más que su propia negación. El déspota absoluto de los pasados siglos podía referirse siempre a la legitimidad de su *gracia de Dios*; pero lo que hizo recayó en sus consecuencias siempre sobre su propia persona, pues ante el mundo su nombre había de cubrir todo derecho o toda arbitrariedad, ya que su voluntad era la ley suprema en el país. Pero tras el concepto de la nación se oculta todo lo que se quiere: la bandera nacional cubre toda iniquidad, toda inhumanidad, toda mentira, toda infamia, todo crimen. La «responsabilidad colectiva de la nación» sofoca el sentimiento de la justicia del individuo completamente y lleva a los hombres hasta el punto de no sentir ya la injusticia, pues se le presenta ésta incluso como una acción meritoria cuando se ha perpetrado «en interés de la nación». «El camino de la nueva formación va de la humanidad, por el nacionalismo, a la bestialidad», como predijo proféticamente Grillparzer.

Es el peso monstruoso de la máquina que recae incesantemente sobre nosotros y hace de nuestra vida un infierno. Hemos perdido nuestro carácter humano y nos hemos vuelto hombres de oficio, hombres de negocios, hombres de partido, hombres de Estado. Se nos ha metido en la camisa de fuerza de la nación para conservar nuestra «característica popular», pero nuestra humanidad se ha ido al diablo y nuestras relaciones con los otros pueblos se han transformado en odio y desconfianza.

Para proteger la nación, sacrificamos todos los años sumas formidables de nuestros ingresos, mientras los pueblos caen cada vez más hondamente en la miseria. Cada país se parece a un campamento armado y sigue con medrosidad interior y con celo mortal los movimientos del vecino; pero está dispuesto en todo instante a participar en toda cábala contra él y a enriquecerse a su costa. De ahí se desprende que ha de estar siempre dispuesto a confiar sus asuntos internos a hombres que tengan una conciencia bastante flexible, pues sólo ellos tienen las mejores perspectivas de conservarse en el eterno juego de la concurrencia de la política exterior.

La tutela continua de nuestra acción y de nuestro pensamiento nos ha debilitado: de ahí el grito en pos del «hombre fuerte» que ponga fin a toda penuria. La apelación a la dictadura no es un síntoma de fortaleza, sino de debilidad, aunque aquellos que lo pronuncian se esfuerzan anhelantemente por aparecer muy enérgicos. Lo que el hombre no posee es lo que más codicia. Porque se siente débil, espera la salvación de la fuerza de los otros. Porque es demasiado cobarde o está demasiado abatido, cruza sus manos en su seno y confía a otros su destino. ¡Qué profundo sentido hay en la frase de Seume: «La nación que puede y debe ser salvada por un solo hombre, merece ser tratada a latigazos»!

En el fondo de todo pensamiento de dictadura hay una condición de sumisión llevada al extremo. Incluso cuando se conceptúa como período de transición, obliga la práctica a sus detentadores, aunque tengan los mejores propósitos de servir al pueblo, a apartarse cada vez más de sus objetivos originarios. No sólo porque todo Gobierno provisorio aspira a ser permanente, como decía Proudhon, sino principalmente porque todo poder es en sí mismo estéril en creación, y justamente por esta razón incita al abuso. Se cree poder utilizar el poder como medio, pero el medio se convierte bien pronto en fin de sí mismo, tras lo cual desaparece lo demás. Como el poder es incapaz de crear y por la propia fuerza no puede dar a luz nada creador, tiene que oprimir todas las fuerzas fecundas de la sociedad en su servicio y apropiarse de sus labores particulares. Tiene que vestirse falso ropaje para ocultar su impotencia, y esa circunstancia conduce a sus detentadores a falsas suposiciones y a una consciente simulación. Al explotar las fuerzas creadoras de la sociedad para sus propios fines, destruye las raíces más profundas de toda aspiración cultural y se agotan las fuentes de toda actuación creadora, que tolera la fecundación, pero no la coacción de la uniformidad.

No se puede libertar a un pueblo sometiéndolo a una nueva violencia y comenzando de nuevo el círculo de la ceguera. Toda forma de dependencia conduce a un nuevo sistema de esclavitud humana, y la dictadura más que ninguna otra, pues oprime violentamente toda opinión disidente sobre la acción de sus representantes y obstruye así de antemano la posibilidad de una mejor comprensión. Por eso es tanto más preciso que todos los elementos de libertad en aquellos países que han sido preservados hasta aquí del fascismo franco, no malgasten un minuto y se preparen para la defensa, si quieren escapar al destino de la clase obrera alemana y del pueblo alemán en general. Dos terceras partes de las masas populares europeas han sido sometidas ya a la tiranía infame de la dictadura, que ha invadido la sociedad como una enfermedad infecciosa. Por eso hay que declarar la guerra a la funesta creencia en el Estado de nuestro tiempo, y especialmente reavivar en las masas laboriosas del pueblo el sentimiento de la libertad, para que comprendan de nuevo que su porvenir está en sus manos y que deben ser ellas mismas forjadoras de su destino. Una catástrofe de incalculable alcance amenaza al mundo: ¡ay del mundo, si no encuentra la fuerza para resistir a la fatalidad y para hacer frente a los poderes del abismo que extienden sus manos sangrientas hacia el corazón de la humanidad!

R. ROCKER

«...Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes... La justicia se estaba en sus propios términos...» — Miguel de Cervantes.

¡Grandes descuentos!

Hacemos el 35 por ciento de descuento en las obras modernas siguientes:

El Pensamiento de Malatesta, por Luis Fabbri.	3'00
De la Crisis mundial a la Anarquía, por M. Netlau.	3'00
La verdadera Revolución Social, por S. Faure.	2'50
La locura de las guerras, por J. Lazarte.	0'50
Erich Mühsam. (Su vida, su obra, su martirio), por Souchy	1'00
Tierra y Libertad, (drama revolucionario), por F. Nayón.	0'40
La crisis mundial del capitalismo, por J. Lazarte.	1'50
El Incesto y la Eugenesia, por C. Berneri.	0'60

Preferimos el reembolso.

RECUERDOS DE RUSIA

ACCION POPULAR

En una conferencia de los anarquistas de Moscú, realizada en marzo, supe por primera vez la parte que los anarquistas habían jugado en la Revolución rusa. En el levantamiento de julio de 1917 los marineros de Kronstadt fueron dirigidos por el anarquista Yarchuck; la Asamblea constituyente fué dispersada por Zheleznikóv; los anarquistas habían participado con su acción en todos los frentes y ayudado a rechazar los ataques de los aliados. El consenso general admitía que los anarquistas estuvieron siempre entre los primeros para afrontar el fuego, así como también fueron los más activos en la obra reconstructiva. Una de las fábricas más importantes, situada cerca de Moscú, que no paró el trabajo durante el transcurso íntegro de la revolución, fué dirigida por un anarquista. Anarquistas realizaban un trabajo importante en el departamento de relaciones exteriores y en todos los otros departamentos. Supe que los anarquistas habían ayudado virtualmente a los bolcheviques a escalar el Poder. Cinco meses más tarde, en abril de 1918, se utilizaron armamentos de guerra para destruir el Club Anarquista de Moscú y suprimir su prensa. Eso sucedió antes que llegara Mirbach a Moscú. El campo tenía que ser «limpiado de elementos perturbadores» y los anarquistas fueron los primeros en caer. Desde entonces la persecución de los anarquistas no ha cesado nunca.

La Conferencia Anarquista de Moscú esgrimió la crítica no solamente contra el régimen existente, sino también contra sus propios camaradas. Esto hablaba de por sí de los aspectos negativos del movimiento y de su falta de unidad y cooperación durante el período revolucionario. Más tarde tuve ocasión de saber más acerca de las disensiones internas en el movimiento anarquista. Antes de clausurar, la Conferencia decidió hacer un llamado al gobierno del soviet para que dejara en libertad a los anarquistas encarcelados y legalizara la obra educacional anarquista. La Conferencia pidió a Alejandro Berkman y a mí que firmáramos la resolución para ese efecto. Fué una contrariedad para mí que los anarquistas debiesen pedir a algún gobierno que legalizara sus esfuerzos; pero todavía creía que el gobierno del soviet era, aunque fuera en un grado restringido, la expresión de la revolución. Firmé la resolución y, como tenía que entrevistarme con Lenín unos días más tarde, prometí tratar del asunto con él.

ENTREVISTA CON LENÍN

La entrevista con Lenín fué arreglada por Balabanova. «Usted debe ver a Lenín, hablarle acerca de las cosas que la perturban y el trabajo que desearía hacer, había dicho. Pero pasó algún tiempo antes que se presentara la oportunidad. Al fin, un día Balabanova me llamó para preguntarme si podía ir en seguida. Lenín había mandado su automóvil y fuimos conducidos rápidamente al Kremlín. Pasamos sin que nos molestaran los guardianes y, por fin, entramos en el gabinete de trabajo del todopoderoso presidente de los comisarios del pueblo.

Cuando entramos Lenín tenía en la mano un ejemplar del folleto *Trial and Speeches* (Proceso y Discursos). Había dado mi único ejemplar a Balabanova y ésta lo había enviado evidentemente a Lenín. Una de sus primeras preguntas fué: «¿Para cuándo se puede esperar la revolución social en América?» Se me había dirigido la misma pregunta repetidamente antes, pero quedé atónita de oírla de labios de Lenín. Parecía increíble que un hombre de su información conociera tan poco acerca de las condiciones de América.

El ruso que yo hablaba en ese entonces cojeaba bastante, pero Lenín declaró que, aunque había vivido en Europa durante muchos años, no había aprendido a hablar idiomas extranjeros; la conversación debería proseguirse, por consiguiente, en ruso. En seguida se extendió en un elogio de nuestros discursos en la Corte. «Qué espléndida oportunidad para propaganda —dijo—; vale la pena ir a la cárcel si los tribunales pueden convertirse con tanto éxito en un foro.» Sentí su firme y fría mirada sobre mí, penetrando en mi ser como si reflexionara acerca del uso que podría hacer de mi persona. Entonces me preguntó lo que pensaba hacer. Le dije que desearía pagar a América lo que ésta había hecho por Rusia. Hablé de la Sociedad de Amigos de la Libertad de Rusia, organizada treinta años atrás por George Kennan y más tarde reorganizada por Alice Stone Blackwell y otros liberales americanos. Brevemente esbocé el espléndido trabajo que habían efectuado para provocar el interés por la lucha por la libertad rusa y la gran ayuda moral y financiera que la sociedad había ofrecido a través de todos los años. Mi plan consistía en organizar una Sociedad Rusa para la Libertad Americana. Lenín pareció entusiasmado. «Esa es una gran idea, y usted tendrá toda la ayuda que necesite. Pero, por supuesto, que se creará bajo los auspicios de la Tercera Internacional. Bosqueje su plan en un escrito y envíemelo.»

Toqué el asunto de los anarquistas en Rusia. Le mostré una carta que había recibido de Martens, el representante del soviet en América, poco tiempo antes de mi deportación. Martens aseguraba que los anarquistas gozaban en Rusia de plena libertad de palabra y de prensa. Desde mi llegada, encontraba veintenas de anarquistas en la cárcel y su prensa suprimida. Le expliqué que no podía pensar en trabajar con el gobierno del soviet mientras mis camaradas estuvieran en la prisión a causa de sus opiniones. También le hice presente las resoluciones de la Conferencia Anarquista de Moscú. Escuchó pacientemente y prometió llamar la atención de su partido sobre ese asunto. «Pero en cuanto a la libertad de palabra —observó—, eso es, por supuesto, una noción burguesa. No puede haber libertad de palabra en un período revolucionario. Tenemos a los campesinos contra nosotros, porque no podemos darles nada en cambio de su pan. Los tendremos de nuestro lado cuando tengamos algo que cambiar con ellos. Entonces usted puede tener toda la libertad de palabra que necesite; pero ahora, no. Recientemente, necesitamos campesinos para que nos trajeran leña a la ciudad. Ellos pidieron sal. Pensamos que no teníamos sal, pero entonces descubrimos setenta libras en Moscú, en uno de nuestros depósitos. En seguida los campesinos empezaron a traer la leña. Sus camaradas deben esperar hasta que podamos satisfacer las necesidades de los campesinos. Interín, deben trabajar con nosotros. Observe a Williams Shatov, por ejemplo, que nos ha ayudado a salvar a Petrogrado de Yudenitch. Trabaja con nosotros y nosotros apreciamos sus servicios. Shatov fué de los primeros que recibieron la orden del Estandarte Rojo.»

La libertad de palabra, la libertad de prensa, el espiritual progreso de los siglos, ¿qué constituían para este hombre? Un puritano, que estaba seguro que únicamente su esquema podría redimir a Rusia. Los que servían sus planes tenían razón; los demás no podían ser tolerados.

Lenín es un asiático astuto. Sabe cómo jugar con los lados débiles de los hombres por la adulación, premios, medallas. Lo dejé, convencida de que su aproximación al pueblo era puramente utilitaria, por el uso que se podría extraer de él para su esquema. Y su esquema ¿era la revolución?

Preparé el cuadro para la Sociedad de los Amigos Rusos de la Libertad Americana y elaboré los detalles de la obra que tenía concebida, pero rehusé colocarme bajo el ala protectora de la Tercera Internacional. Expliqué a Lenín que el pueblo americano tenía poca fe en la política y la consideraría ciertamente como una imposición para ser dirigida y guiada por una máquina política de Moscú. No podía por consiguiente alinearme en la Tercera Internacional.

CON TCHICHERIN

Un tiempo más tarde vi a Tchicherin. Creo que eran las cuatro de la mañana cuando se verificó nuestra entrevista. También él habló acerca de las posibilidades de una revolución en América, y pareció dudar de mi juicio cuando le informé que allá no había esperanza de ello en el próximo futuro. Hablamos de la I. W. W., que evidentemente le habían presentado mal. Aseguré a Tchicherin que, aunque yo no soy una I. W. W., debo declarar que representan la única organización proletaria revolucionaria consciente y efectiva en los Estados Unidos, y estaba segura de que jugaría un importante rol en la historia futura del trabajo en el país.

Comparado con Balabanova, Tchicherin me impresionó como el más simple y modesto de los dirigentes comunistas en Moscú. Pero todos eran igualmente ingenuos en su estimación del mundo exterior a Rusia. ¿Era tan imperfecto su juicio porque habían estado aislados de Europa y América durante tanto tiempo? ¿O era su gran necesidad de la ayuda europea el padre de su deseo? De cualquier manera volvían siempre a la idea fija de las revoluciones que se aproximaban en los países occidentales, olvidados del todo que las revoluciones no se realizan por orden alguna, y aparentemente inconscientes de que su propia revolución había sido desfigurada en el fondo y en la forma y que iba gradualmente muriendo.

El editor del *Daily Herald* londinense, acompañado por uno de sus reporteros, me había precedido a Moscú. Querían visitar a Kropotkin y se les había dado un coche especial. Junto con Alejandro Berkman y A. Shapiro, pude unirme a míster Lansbury.

EN CASA DE KROPOTKÍN

La casa de Kropotkín estaba situada en el fondo del jardín, un poco lejos de la calle. Sólo un débil rayo de una lámpara a kerosene iluminaba el sendero que llevaba a la casa. Kropotkín nos recibió con su característica amabilidad, evidentemente contento de nuestra visita. Pero me apenó su aspecto cambiado. La última vez que le vi fué en 1907, en París, que visité después del Congreso Anarquista en Amsterdam. A Kropotkín, desterrado de Francia durante muchos años, se le había permitido volver. Tenía entonces sesenta y cinco años, pero todavía tan lleno de vida y de energía, que parecía mucho más joven. Parecía viejo y consumido.

Estaba ansiosa por obtener alguna luz de Kropotkín sobre los problemas que me perturbaban, particularmente sobre la relación de los bolcheviques con la revolución. ¿Cuál era su opinión? ¿Por qué había permanecido silencioso tanto tiempo?

No tomé notas y, por consiguiente, sólo puedo dar el punto capital de lo que dijo Kropotkín. Declaró que la revolución llevó al pueblo a grandes alturas espirituales y había preparado el camino para profundos cambios sociales. Si se le hubiera permitido al pueblo aplicar sus energías libertadas, Rusia no estaría en su presente condición de ruina. Los bolcheviques, que habían sido llevados a la cumbre por la ola revolucionaria, encantaron el oído popular por medio de sus extremas exigencias revolucionarias, ganando con ello la confianza de las masas y el sostén de los militantes revolucionarios.

Continuó narrando que ya a principios del período de octubre los bolcheviques empezaron a subordinar los intereses de la revolución al establecimiento de su dictadura, que coaccionó y paralizó toda la actividad social. Declaró que las cooperativas eran el medio principal, con cuyo puente se hubiera podido unir los intereses de los campesinos y los obreros. Las cooperativas fueron las primeras que se aplastaron. Habló con mucho sentimiento de la opresión, de la persecución de toda sombra de opinión, y citó numerosos casos de miseria y angustia del pueblo. Afirmó que los bolcheviques habían desacreditado al socialismo y al comunismo a los ojos del pueblo ruso.

«¿Por qué no levantó usted su voz contra estos males, contra esta máquina que está minando la sangre vital de la revolución?», pregunté. Dió dos razones. Mientras Rusia fuera atacada por los imperialistas combinados, y las mujeres y niños rusos estuvieran muriendo de los efectos del bloqueo, no podía unir su voz al coro de los ex revolucionarios en el grito de «¡Crucifiead!» Prefería el silencio. En segundo término, no había medio de expresión en Rusia. La protesta al gobierno era inútil. Su fin era mantenerse en el Poder. No podía detenerse en «bagatelas» tales como los derechos humanos y la vida humana. Entonces agregó: «Siempre hemos puesto de relieve los efectos del marxismo en acción. ¿Por qué sorprendernos ahora?»

Pregunté a Kropotkín si anotaba sus impresiones y observaciones. Seguramente que debe ver la importancia de tales recuerdos para sus camaradas y para los trabajadores; más aún: para todo el mundo. «No —dijo—; es imposible escribir cuando uno está en medio del gran sufrimiento humano, cuando cada hora trae nuevas tragedias. También puede verificarse un «raid» en cualquier momento. La Tcheka cae de improviso por la noche, escudriña todos los rincones, revuelve todo y se va, llevándose todos los trozos de papel que encuentra. Bajo tal constante violencia es imposible retener recuerdos. Pero aparte de estas consideraciones está mi libro sobre la Etica. Sólo puedo trabajar unas cuantas horas al día y debo concentrarme en eso con exclusión de toda otra cosa.»

Después de un tierno abrazo, que Pedro nunca dejó de dar a los que amaba, volvimos a nuestro coche. Mi corazón está oprimido, mi espíritu confuso y turbado por lo que había oído. Estaba también angustiada por el pobre estado de salud de nuestro camarada: temía que no pudiera vivir hasta la primavera. El pensamiento de que Pedro Kropotkín muriera y que el mundo no pudiera nunca conocer lo que él pensaba de la revolución rusa, era espantoso.

EMMA GOLDMAN

CONSIDERACIONES

Ante el patente fracaso del sistema capitalista-gubernamental, desarrollado en nuestra nación, el cual ha dado un impulso de manifiesta superación en el hombre, como individuo o como colectividad, no podemos por menos que reconocer la inoportunidad de los consejos de ciertos factores militantes, que aconsejan a las masas proletarias: «¡Capacitación! ¡Cultura! ¡Conciencia!» El hombre es, hoy por hoy, un ser en completo estado de imperfección, producto del medio ambiente en que a través de las épocas o diferentes fases de la Historia ha venido desenvolviéndose. A un sin fin de taras y de imperfección mental ha de sumarse el hambre que padece. El hambre es, pese a ser el gran talismán que ha dado cauce regenerador a las luchas de emancipación humanitaria, uno de los mayores diques que se anteponen a superar intelectualmente al hombre. Mal puede éste, que no alimenta su estómago, alimentar su cerebro, y no puede ser tampoco nada práctico aconsejarle al hambriento resignación, estudio, ni conciencia.

La base fundamental, que sostiene aún con su átomo de vida a la sociedad capitalista, es la ignorancia de los desposeídos; ella reconoce que el día que el trabajador reconociera, sin deformaciones convencionalistas, sus derechos y deberes como humanos en la vida, sería indudablemente el ocaso de su existir; de ahí que la infame preocupación de todos los poderes del privilegio fué siempre la misma: mantener en el máximum de incultura siempre a los pueblos, para así poder asegurar, por los siglos de los siglos, su existir parasitario. Y si el principal enemigo de la cultura es el Estado capitalista, ¿cómo poder instruir al hombre en una sociedad que la caracteriza la ignorancia. Y por otra parte, si el hombre vive en la presente sociedad condenado a perecer de hambre, lo mismo que sus familiares queridos; si reconocemos que la cultura es imposible adquirirla en un régimen que nos niega los más elementales y perentorios derechos a la vida, ¿qué hemos de hacer? El hambriento se preocupa siempre por hallar una manera inmediata de saciar sus necesidades, también inmediatas; lo mediato es lo secundario para él. De ahí que las grandes jornadas, las grandes epopeyas manumisoras que haya de escribir la masa inconsciente del populacho, tendrán siempre su origen en un cualquier espejismo ilusorio.

Las grandes revoluciones, ante la imposibilidad de producirlas y originarlas las grandes conciencias, precisan de las grandes farsas. El hambre de la multitud, que es por lo menos contemporánea del origen de nuestra especie, ha logrado empobrecer de tal manera el cerebro humano, que es totalmente imposible, ante la faz actual de la Historia, el hacer de él ese manantial grandioso y rico en iniciativas que representa; por tanto, la solución única, capaz de reparar el malestar social presente, no está, no puede estar, en pretender esclarecer ni iluminar el obscurantismo del cerebro humano, ya que en la fase actual de la Historia sería tarea harto ardua e imposible de realizar; no está tampoco en confiar de nuevo en un cambio de gobernantes ni de las formas gubernamentales, ya que éstos han demostrado ser incapaces de una solución favorable y harmónica a las necesidades populares; y si, además, reconocemos que es la desigualdad social, la injusticia social, el principio de autoridad, el parasitismo de los privilegiados y la existencia de la valorización de los productos, la causa, origen y fundamento de todos los dolores e inquietudes humanos, habremos de reconocer también que solamente podremos reparar el mal eliminando la causa que lo origina.

Apresémonos, pues, todos, saltándonos los valladares de todas las rencillas, superándonos a todos los personalismos, armonizando nuestras acciones, en estos tan importantísimos y trascendentales momentos que las luchas de emancipación humana viven. Es, pues, orientando al pueblo en un sentido tal, genuina y netamente revolucionario, como podremos movilizar una gran masa de opinión.

El trabajador siente hambre de pan, de justicia, de saber, de amor, de todo, de todo... Saciarlo es lo que las circunstancias requieren.

En la C. N. T. y en la F. A. I. radica el enigma. En la revolución social, la reparación humana. Esto es lo práctico, lo positivo, lo inmediato... Lo mediato vendrá luego. Son momentos de lucha.

C. VEGA ALVAREZ

LEED

El pensamiento de Malatesta

por L. FABBRI

Precio: 3 pesetas

La crisis mundial del capitalismo

por J. LAZARTE

Precio: 1'50 pesetas

Ediciones Tierra y Libertad